

Suntuosa proa

La colección Pinault en Punta della Dogana, Venecia

Julia Ramírez Blanco



Tras varias décadas de abandono, se reabre por fin la Punta della Dogana, antigua aduana de Venecia, un bellissimo edificio triangular situado en un punto estratégico: entre el Gran Canal y la Giudecca, junto a la Basílica de Santa María della Salute y frente a la iglesia de San Giorgio Maggiore de Palladio. La estructura actual de la Punta fue realizada por Giuseppe Benoni en el siglo XVII. Tras haber sufrido diversas remodelaciones, la ciudad de Venecia decidió en 2006 convocar un concurso para convertirlo en museo de arte contemporáneo, siguiendo una tendencia generalizada al reciclaje de espacios industriales que en Venecia tiene el precedente directo de la ocupación del Arsenal por la Bienal. El concurso lo ganó en 2007 François Pinault que (en detrimento del proyecto que el Museo Guggenheim firmaba junto con Zaha Hadid) firmó

un acuerdo por treinta y tres años para llenar este espacio con la colección permanente de su Fundación. El millonario francés se hacía acompañar una vez más por Tadao Ando, a quien ya había encargado restaurar el Palazzo Grassi, la primera sede veneciana de su colección y que a partir de ahora quedará reservada a muestras temporales (véase *Arquitectura Viva* 110).

Resulta curioso que haya sido un gran comerciante el responsable de dar nueva vida a la antigua aduana comercial veneciana. François Pinault, uno de los hombres más ricos del mundo según las listas Forbes, es entre otras cosas dueño del grupo Gucci, de la Fnac, de la casa de subastas Christie's, y de unas 2.500 obras de arte. Tras dejar la gestión de su emporio económico en manos de su hijo, a sus setenta y dos años, este insólito mecenas posmoderno ha de-

cidido construirse un santuario lleno de exvotos. Y el templo resultante, sin lugar a dudas, es exquisito.

La intervención de Ando ha sido (como ya había ocurrido antes con el Palazzo Grassi) extremadamente respetuosa con el edificio preexistente. Se ha hecho todo lo posible para que restauración y creación arquitectónica convivan sin contradecirse. Se ha decidido liberar al edificio de la mayor parte de sus agregados, buscando recuperar «las formas originales de la primerísima construcción», y que el espacio «reencuentre su propia energía y reviva las antiguas usanzas marineras», según sus propias declaraciones.

En primer lugar ha sido necesario realizar obras de consolidación estructural, protegiendo al edificio del agua y rehabilitando sus muros y fachadas. Se ha restaurado también el grupo escultórico situado encima de

Tras la apertura del Palazzo Grassi, la Fundación François Pinault continúa su expansión artística en Venecia con la nueva sede en Punta della Dogana, un antiguo almacén remodelado por Tadao Ando.

Entre el Gran Canal y la isla de Giudecca, una nave de planta triangular acoge en sus salas de ladrillo visto la colección del magnate francés, con obras como los prismas de Whiteread o el caballo colgante de Cattelan.



Los hermanos Chapman muestran un conjunto de vitrinas con escenas apocalípticas; en otras salas se exponen lienzos de Steiner, los cádáveres de mármol de Carrara de Cattelan, y los peluches de Fischli y Weiss.

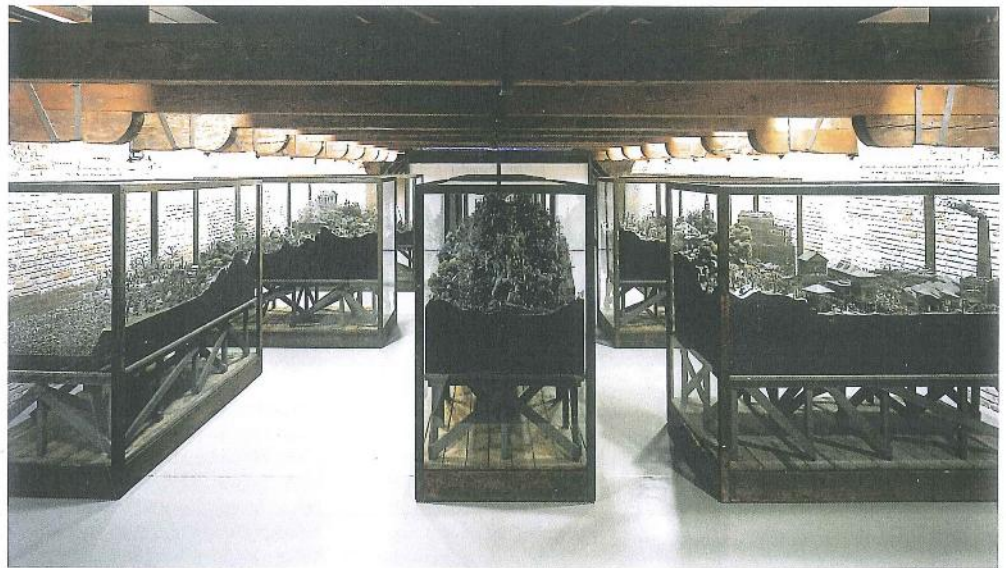


la pequeña torreta en el vértice del triángulo, la espléndida *Alegoría de la Fortuna* de Bernardo Falcone. En el interior se ha recuperado la disposición original, con nueve naves de tamaño decreciente paralelas entre sí y perpendiculares al Gran Canal, una superficie 5.000 metros cuadrados. Sólo se ha mantenido una compartimentación posterior al primitivo diseño de Benoni: un espacio cuadrangular en el centro del edificio, que ocupa dos naves, en el que Ando ha creado un cubo de cemento satinado, («el mármol de la arquitectura contemporánea»). Es un hueco emocionante que funciona como un centro organizador similar al patio de los viejos *palazzi* venecianos.

Hay en esta construcción dos familias de materiales: los más antiguos, cromáticamente próximos a la tierra (ladrillo y madera) y los más modernos, cercanos al agua (cemento y vidrio azulado). Hay en esa conjunción una síntesis simbólica de la ciudad flotante. Gran parte de los muros han recuperado la superficie de ladrillo crudo, cuidadosamente restaurado según métodos ancestrales. Las barandillas de las escaleras y las ventanas interiores que dan al cubo central son de un cristal azulado que crea la ilusión de un espacio sumergido.

Los suelos son de cemento en la planta baja, de linóleo en el primer piso y de *masegni*, piedra tradicional veneciana, dentro del cubo. Veinte puertas metálicas de estructura reticular que dan al exterior han sido construidas *ex novo*, homenajando a las puertas de Olivetti que Carlo Scarpa hizo en San Marcos. También las ventanas han sido rehechas, y a través de ellas la ciudad se integra entre las obras de arte al modo de pequeñas *vedutte*, como si formaran parte también de la colección artística del millonario.

La adaptación al lugar no se da sólo por el empleo de técnicas y materiales tradicionales, sino por la adopción de la fórmula veneciana de la máscara arquitectónica. Se ha dicho que ésta era una ciudad medieval que en un determinado momento vistió un disfraz re-



Jake y Dinos Chapman, *Fucking Hell*

nacentista que nunca llegaría a tocar su verdadera estructura. Como ya había hecho en el Palazzo Grassi, Ando parece haber seguido esta misma manera de proceder, pero actuando dentro, en vez de fuera. Su trabajo es reversible: en cualquier momento podría quitarse, como un antifaz o un guante.

Quizás sea ésta la única opción cuando se trata de construir dentro de lo construido. Renzo Piano ha hecho algo parecido en el cercano Magazzino del Sale, que alberga la novísima Fundación Emilio y Annabianca Vedova. Allí Piano se ha ocupado del interior, superponiendo al antiguo pavimento un suelo de madera en pendiente e instalando un complejo sistema robótico. Ayudado por unos raíles sobre el techo, éste mantiene los cuadros colgando, aparentemente ingravidos, y permite modificar su disposición según las órdenes de un comisario-programador. El lugar se sitúa en penumbra y adquiere una fuerza telúrica muy distinta de la luminosidad de la arquitectura de Ando.

La nueva sede de la Fundación Pinault reabrió sus puertas el 6 de junio, el mismo día que lo hacía la 53 Bienal de Venecia. La muestra inau-

gural, titulada 'Mapping The Studio' y comisariada por Alison M. Gingeras y Francesco Bonami, se divide entre el Palazzo Grassi y la antigua aduana. Sin embargo es en esta última sede donde se concentran las obras más potentes de una colección que básicamente contiene creaciones de los últimos cuarenta años.

La organización se rige según agrupaciones formales y pequeños núcleos temáticos, repitiéndose la presencia de muchos nombres que actúan de hilo conductor, como Paul Mc Carthy, Jeff Koons, Takashi Murakami o Cindy Sherman. Destacan los derivados del pop con tintes abyectos en la línea de la colección de Charles Saatchi, posible modelo para Pinault. Un ejemplo de ello es el *Fucking Hell* de los hermanos Chapman, impresionante conjunto de maquetas que muestran un Apocalipsis ecléctico con tintes bélicos y un cierto aire a juego de rol. Diametralmente opuesta, la instalación del *Kandoors Full Set*, de Mike Kelley (2005-2009), está compuesta por modelos luminosos de la ciudad de Superman. Es curioso que la distopía se encuentre en una zona elevada de la antigua aduana, mientras que la

utopía se sitúa debajo y en penumbra, como una mina de preciosas piedras fosforescentes.

El recorrido zigzagueante por una selección muy variada concluye en la 'proa' del edificio, en la punta misma del Dorsoduro. Allí se encuentra el conjunto escultórico *Alli*, de Maurizio Cattelan (2008): nueve cadáveres tapados, hechos de mármol de Carrara tendidos en el suelo. Son cuerpos-tumba de una fuerza desoladora. La muerte es quizás la constante más recurrente en la colección Pinault, no vayamos a pensar que el mecenas es un frívolo. ¿O se trata acaso de una alusión sutil a la idea de mastaba que impregna toda la construcción?

Para François Pinault todo esto «se inserta en una tradición que comienza hace siglos, con los grandes patronos venecianos». Desde luego, en cada rincón de la Fundación Pinault se aprecia un exquisito refinamiento. Pero ya dijo Dubuffet que «el arte no se acuesta en los lechos que se preparan para él». No podemos evitar pensar que quizás sea ésta una camagóndola demasiado suntuosa para que los creadores no perezcan ahogados en esta laguna del lujo.